

De la abundancia del corazón habla la boca



La iglesia es portadora de una bendición para todos los pueblos en todos los tiempos.

El cristianismo nació con una sorpresiva vitalidad expansionista. De ello da testimonio el libro de los Hechos de los Apóstoles. La sorpresa es mayor si se tiene en cuenta que las primeras comunidades venían del judaísmo, religión marcadamente nacionalista que miraba con desconfianza a los extranjeros.

Con altibajos, el impulso misionero ha caracterizado los veinte siglos de la iglesia, alcanzando a veces aires de epopeya. Es que la iglesia se descubrió desde el comienzo como católica. Es decir, portadora de una bendición para todos los pueblos en todos los tiempos.

El continente americano ha llegado más bien tarde a ser protagonista en este vasto movimiento misionero. Durante cinco siglos fuimos simples receptores de misioneros. La fe católica nos vino de Europa. El movimiento misionero se había dado en una sola dirección: del Occidente cristiano hacia nuestras naciones jóvenes.

Casi de repente la Iglesia en América ha comenzado a tomar conciencia de su vocación misionera. Los grandes congresos misioneros continentales (primero COMLA, ahora CAM) han ido despertando energías apostólicas insospechadas. Estamos abandonando sin nostalgia la actitud de pasivos receptores de misioneros. Y comenzamos a enviar a los nuestros a los cuatro puntos cardinales. "Dar desde nuestra pobreza" sigue siendo un lema motivador.

El 2003 ha sido proclamado "Año misionero". Tendrá su momento culminante en noviembre, cuando confluyan en Guatemala numerosas delegaciones de toda América para celebrar esta dimensión estimulante de nuestra fe: "La fe se fortalece dándose".

La congregación salesiana nació misionera. De una congregación localizada en el norte de Italia, Don Bosco la transformó en una congregación proyectada con audacia a los cuatro vientos.

No se trata de fomentar el proselitismo (obsesión por conquistar adeptos), sino de compartir la riqueza de la experiencia religiosa propia. Es más un contagio de la abundancia interior que una labor de convencimiento.

Heriberto Herrera